

Prólogo

Bernardo Santano Moreno¹

Nacido como Michael Francis O'Donovan en 1903, en la ciudad de Cork, Frank O'Connor vivió y escribió en un periodo de grandes transformaciones en Irlanda, desde la lucha por la independencia hasta las tensiones internas que dieron forma a la joven república. Estos acontecimientos no solo marcaron su vida, sino también su literatura, dotándola de una autenticidad y profundidad emocional que la hacen inconfundible; por tanto, hablar de Frank O'Connor supone hablar de Irlanda misma, ya que su obra se encuentra profundamente enraizada en la experiencia irlandesa.

Frank O'Connor destacó como un maestro indiscutible del cuento corto, un género en el que dejó una huella profunda. Con su aguda percepción de lo cotidiano, sus relatos exploran las contradicciones inherentes a la naturaleza humana: la ternura junto a la crueldad, la alegría frente a la tragedia, y el humor entrelazado con la melancolía. La obra de O'Connor refleja su profunda sensibilidad hacia las relaciones humanas, especialmente las familiares, y su comprensión del alma irlandesa. Marcado por una infancia en un hogar humilde con un padre alcohólico y una madre trabajadora que fue su pilar de fortaleza, estas vivencias moldearon su visión del mundo y dieron vida a personajes complejos y memorables. En sus relatos abundan temas como la lucha por la dignidad, la vulnerabilidad ante la adversidad y la esperanza que persiste en los momentos más oscuros. Para O'Connor, la literatura era una

¹ Universidad de Extremadura.

herramienta para explorar tanto los conflictos externos como los dilemas internos que nos definen como seres humanos.

Más allá de sus cuentos, Frank O'Connor también dejó una huella significativa como ensayista, crítico literario y traductor. En este sentido, cabe destacar *The Lonely Voice (La voz solitaria)*, un texto publicado en 1962 que supone uno de los ensayos más influyentes de Frank O'Connor. Aquí el autor examina el arte del cuento corto con una profundidad y una sensibilidad que reflejan su propia maestría en el género. En este libro, O'Connor propone que el cuento corto es el medio ideal para capturar las experiencias de los «pequeños hombres», aquellos personajes marginados o solitarios que suelen quedar fuera de las narrativas épicas o novelísticas. Según él, el cuento corto encuentra su fuerza en la exploración de la intimidad, la vulnerabilidad y las tensiones no resueltas de la vida cotidiana. Analizando autores como Antón Chéjov, James Joyce, Katherine Mansfield y Ernest Hemingway, O'Connor traza un mapa emocional del género, destacando cómo estos escritores han dado voz a los individuos aislados y a las comunidades fragmentadas. Con su tono reflexivo y accesible, *La voz solitaria* no solo es una defensa apasionada del cuento corto, sino también un manual esencial para entender su singularidad y su poder emocional.

Fue un ferviente defensor de la lengua gaélica y dedicó gran parte de su vida a la preservación y difusión de la cultura irlandesa. Sus traducciones de poesía gaélica y sus reflexiones sobre la literatura de Irlanda ofrecen una perspectiva única y enriquecedora sobre el legado literario de su país. Además, su participación activa en la vida cultural de su época subraya su compromiso con el arte como herramienta de transformación social y personal. Estas facetas de su carrera revelan a un hombre cuya pasión por las letras estaba inseparablemente ligada a su amor por Irlanda y su identidad.

En *A Short History of Irish Literature*, Frank O'Connor, cuya prosa y comprensión del alma irlandesa lo convierten en una figura insigne, nos invita a recorrer los senderos de una narrativa que ha sido tanto testimonio como artífice del devenir de Irlanda. Por esta razón, para O'Connor explorar la literatura irlandesa es

adentrarse en una tradición rica y multifacética, un reflejo de la complejidad histórica, cultural y espiritual de la isla. O'Connor, conocido por sus cuentos cortos y su agudo ojo para las contradicciones humanas, aborda la literatura irlandesa con un entusiasmo contagioso, pero también con una mirada crítica. Su perspectiva está informada tanto por su experiencia personal como por su profundo conocimiento del contexto histórico y político que ha moldeado la voz de Irlanda.

Este libro no es solo un recuento cronológico de autores y obras, sino una exploración vibrante de cómo la literatura irlandesa ha sido un espejo del carácter de su pueblo: rebelde, melancólico, espiritual, humorístico y, sobre todo, profundamente humano. El libro resulta apto tanto para lectores generales como para estudiantes de literatura. Con un tono a menudo personal y franco, O'Connor no teme expresar opiniones críticas, lo que añade un dinamismo particular a su análisis. Desde los primeros textos gaélicos hasta la literatura contemporánea, O'Connor nos lleva de la mano por una tradición marcada por la lucha entre la afirmación de la identidad irlandesa y las influencias externas, especialmente las británicas. Esta dualidad se manifiesta en cada etapa: en los mitos y epopeyas celtas que narran historias de héroes como Cú Chulainn; en la poesía medieval, donde la espiritualidad cristiana y el paganismo se entrelazan; y en las obras del Renacimiento Gaélico, cuando los escritores buscaron preservar la lengua y la cultura irlandesas frente a la colonización.

O'Connor no rehúye las complejidades y contradicciones de la literatura irlandesa. Por el contrario, celebra el genio de escritores que, con una mezcla de orgullo y dolor, han abordado los temas que definen la experiencia irlandesa: la tierra, el exilio, la religión, la política y la familia. Su análisis de figuras tan icónicas como Jonathan Swift, James Joyce, W.B. Yeats y Seán O'Casey es incisivo y revelador, subrayando cómo cada uno de ellos ha contribuido a redefinir no solo la literatura irlandesa, sino también la literatura universal. Sin embargo, O'Connor no se limita a los grandes nombres; también da espacio a voces menos conocidas, pero igual-

mente significativas. Su relación con la narrativa corta, un género en el que él mismo sobresalió, lo lleva a destacar cómo los cuentistas irlandeses han capturado la esencia de la vida cotidiana en un formato breve pero profundamente evocador. Para O'Connor, la literatura no es solo una expresión artística, sino una forma de resistencia y supervivencia cultural.

Quizá uno de los aspectos más atractivos de este libro sea el estilo accesible y conversacional de O'Connor. Su escritura refleja una pasión genuina por el tema, y aunque sus observaciones son a menudo mordaces, también están llenas de afecto y admiración. Este enfoque convierte a *A Short History of Irish Literature* en algo más que una obra académica; es una invitación a enamorarse de una tradición literaria que, como pocas, ha sabido captar la belleza y la tragedia de la condición humana. Al comenzar este viaje a través de las páginas de O'Connor, el lector se encontrará no solo con una historia de literatura, sino con una historia de Irlanda misma: una historia de lucha y esperanza, de opresión y liberación, de silencios impuestos y voces que se alzan. En un mundo cada vez más globalizado, la literatura irlandesa nos recuerda el valor de preservar lo particular, lo único, lo que nos hace humanos.

Es mi esperanza que la traducción de este libro, tan magistralmente llevada a cabo por José Francisco Fernández y su equipo, inspire no solo un aprecio renovado por la literatura irlandesa, sino también un compromiso con la riqueza cultural y lingüística que nos rodea. Frank O'Connor, con su agudeza y sensibilidad, nos ofrece aquí una obra que no solo informa, sino que también conmueve. Es un tributo apropiado a una tradición que sigue viva, resonando en las palabras de aquellos que, a través de los siglos, han escrito la historia de Irlanda con tinta y pasión.

Notas a la presente edición

José Francisco Fernández

A Short History of Irish Literature: A Backward Look, publicada en 1967 en los Estados Unidos por Putnam's Sons, y también publicada en Gran Bretaña en ese mismo año por la editorial Macmillan con el título *The Backward Look: A Survey of Irish Literature*, es una obra del autor irlandés Frank O'Connor (1903-1966), uno de los mejores escritores irlandeses de relatos de la primera mitad del siglo xx, además de ser un personaje público de primer orden en la vida intelectual de su país. Tras su implicación personal en la guerra de Independencia (1919-1921) frente al poder británico, O'Connor pasó por prisión como otros miles de combatientes que se habían opuesto al tratado Anglo-Irlandés de 1921. Desilusionado por el rumbo que estaba tomando el recién creado Estado Libre Irlandés, O'Connor inició una carrera literaria que le granjeó grandes éxitos con sus historias de la gente corriente, en colecciones como *Guests of the Nation* (1931), *Bones of Contention* (1936) o *Crab Apple Jelly* (1944). También tradujo numerosa poesía irlandesa de la Edad Media y colaboró asiduamente en la prensa como crítico literario. Igualmente, fue autor de novelas y libros de viajes. Fue director del Abbey Theatre desde 1937 hasta 1939 y colaborador en la revista cultural *The Bell*, fundada por su amigo Seán O'Faolain en 1940. Era profundamente crítico con la política seguida por los gobiernos de su país en cuestiones relacionadas con la censura, la educación, el idioma irlandés o el deplorable estado de los monumentos históricos.

Desde los años 50 fueron frecuentes sus viajes a los Estados Unidos, donde impartió docencia en varias universidades. La pu-

blicación de sus relatos en *The New Yorker* le había hecho una figura muy popular en los círculos culturales de ese país. Tras su última estancia en América en 1961, O'Connor se estableció en Irlanda definitivamente. En 1962 recibió un doctorado honorario por parte de Trinity College, en Dublín. Fruto de sus numerosas conferencias y cursos tanto en Irlanda como en Estados Unidos, O'Connor recopiló suficiente material para dos obras de análisis literario que son su gran legado como crítico, *The Lonely Voice* (1962), un influyente estudio sobre el relato corto, y el libro que nos ocupa, *A Backward Look* (1967), un recorrido por la literatura irlandesa, que se publica por primera vez en castellano en la presente edición de la Universidad de Almería. O'Connor murió en Dublín el 10 de marzo de 1966 y no llegó a ver publicado el libro.

Uno de los principales alicientes de esta panorámica general de la literatura irlandesa es que, por primera vez, se considera la literatura de Irlanda desde la perspectiva de los dos idiomas, pero partiendo de la base de que son elementos de una misma historia. De hecho, O'Connor dedica la primera mitad del libro, los primeros 9 capítulos, a la literatura escrita en irlandés, mientras que en la segunda mitad se centra en la producción literaria en lengua inglesa. La turbulenta historia de Irlanda, magistralmente explicada por el autor, hace que las múltiples conexiones con la escritura de cada época queden expuestas como parte integral de un devenir social problemático y complejo. El vasto conocimiento de los entresijos en la evolución de Irlanda como nación por parte de O'Connor, hace que su viaje literario sea informativo y ameno, profundamente vinculado a los acontecimientos políticos y a los episodios históricos por los que pasó el pueblo irlandés, como las distintas invasiones, las revueltas frente al poder colonial, la Hambruna, la emigración o el Alzamiento de Pascua de 1916. No es un libro escrito desde el punto de vista académico, pues O'Connor tenía en mente siempre al público lector en general. Sin embargo, *Una mirada al pasado* sí puede servir como inicio para los estudiantes que quieran profundizar en la literatura de Irlanda.

El recorrido por siglos de escritura en la isla de Irlanda que hace O'Connor en *Una mirada al pasado* no se basa en una investigación exhaustiva en archivos o fuentes documentales; es un libro de autor, con sus gustos personales y también sus manías. Pero no debe olvidarse tampoco que se trata de un autor que ha traducido a los poetas irlandeses antiguos, que ha vivido por y para la literatura, y que ha impartido docencia sobre literatura irlandesa en las mejores universidades americanas. O'Connor se mueve de forma natural en las aguas turbulentas de las escuelas literarias, ofreciendo sin complejos brillantes intuiciones y agudas interpretaciones de autores y obras. Es un escritor con una imaginación desbordante, que ha leído de todo, y que es capaz de explicarlo todo. Se puede estar en desacuerdo con algunas de sus aseveraciones, sus juicios en ocasiones son peculiares e ignora por completo a algunas figuras clave de la literatura irlandesa (desde Sheridan Le Fanu hasta Elizabeth Bowen, pasando por Somerville and Ross, Oscar Wilde o Bernard Shaw, entre otros), pero cuando examina un determinado escritor a fondo, como hace por ejemplo con W. B. Yeats o con James Joyce, ofrece un punto de vista sorprendente y que invita a la reflexión. Su perspectiva como crítico se nutre, en los últimos capítulos, de sus experiencias como el escritor que conoció personalmente a algunos de los autores que son objeto de su análisis.

Soy el responsable de la traducción final de esta *Breve historia de la literatura irlandesa*, incluyendo la corrección de estilo, la elaboración de notas, y la preparación del texto definitivo a partir de un primer borrador realizado por un equipo formado por estudiantes de la Facultad de Humanidades de la UAL y este profesor. En lo referente a la traducción de los títulos al castellano, se ha seguido el criterio de utilizar los nombres en español cuando estas obras han sido traducidas y han tenido, por tanto, cierta repercusión más allá de Irlanda. En cuanto a las notas a pie, se ha procurado intervenir en el documento original lo menos posible, aportando información puntual solo cuando era necesario para la perfecta contextualización del discurso.

En el capítulo de agradecimientos, debo reconocer en primer lugar la labor de Javier Enrique Corral, Eric Kumi Frimpong, Erika Rodríguez Salvador e Iciar Soriano Ibáñez por su entusiasmo a la hora de emprender este proyecto. También quiero agradecer la ayuda prestada para la presente publicación al profesor y amigo Bernardo Santano Moreno, experto traductor y buen conocedor de la obra del escritor irlandés; a Carlos Pranger; a PPIT-UAL, Junta de Andalucía-FEDER 2021-2027. Programa: 54.A. y, finalmente, al grupo de investigación de la Universidad de Almería *Lindisfarne*.

Introducción

Frank O'Connor

I

Este libro se basa en una serie de conferencias que impartí en Trinity College, Dublín, a sugerencia de los profesores de irlandés y de inglés, David Greene y Philip Edwards. Desconozco el enfoque que ellos concebían para las conferencias, pero puede que ambos tuvieran en mente una pregunta que yo mismo me he hecho con frecuencia, ¿existe la literatura irlandesa como tal, o se trata de dos materias sin relación entre sí, unidas por un accidente geográfico?

Debería ser una pregunta fácil de responder, pero incluso mientras impartía las conferencias no estaba del todo seguro sobre cuál podría ser la respuesta. El abandono de todo rasgo de identidad cultural por parte de los irlandeses durante el siglo XIX ha dejado un vacío histórico que es difícil de llenar. El nuestro es, probablemente, el único país civilizado que no tiene una cátedra propiamente dicha de literatura nacional; miles de estudiantes pasan por nuestras universidades cada año con menos conocimiento de su cultura que el conocimiento que podría esperarse en estudiantes americanos de la suya propia. La literatura del pasado, simplemente, se ignora; la literatura del presente o bien se ignora o bien se prohíbe por ley.¹ A comienzos del presente siglo el teatro irlandés era mundialmente conocido, pero desde que el Estado se hizo cargo de su control efectivo, es imposible estudiar su historia en la propia Irlanda: el estudiante tiene más posibilidades de hacerlo

1 Tras la creación del Estado Libre de Irlanda en 1922, la nueva nación impuso un férreo control de libros a través de la Ley de Censura de Publicaciones de 1929. Frank O'Connor sufrió la censura de sus obras en numerosas ocasiones. [N. del T.]

casi en cualquier otro sitio. Y en cuanto a nuestros monumentos arqueológicos y arquitectónicos, mejor ni hablar.

Con el libro ya acabado, no me cabe duda de que exista esa materia o de que el título del volumen, que escogí simplemente a modo de descripción, no sea también su definición. La literatura irlandesa es un tipo especial de literatura porque surgió gracias a un conglomerado muy peculiar de circunstancias históricas. Sus orígenes yacen en un extraordinario caudal de tradición con el que se toparon los misioneros británicos y continentales a su llegada a Irlanda en el siglo v: un sistema estrechamente interconectado, y transmitido oralmente, de medicina, leyes, religión e historia que en gran medida nos remite a la infancia misma de la civilización indoeuropea. En cualquier otra parte, exceptuando lejanos rincones de Gran Bretaña, ya se había extinguido del todo, e incluso en estos rincones algunas de sus manifestaciones más importantes ya habían desaparecido. En la Irlanda de la Edad Media, la medicina autóctona había sucumbido ante la medicina árabe, y los cronistas cristianos ya se habían ocupado de tapar la antigua religión, pero la magnitud del saber que quedaba era tal que se impuso sobre la imaginación de la primera cristiandad del mismo modo que, posteriormente, su propia sombra se impuso sobre la imaginación, mucho más sofisticada, del siglo xix. A veces hay que lamentar esta obsesión con el pasado y uno desearía que Irlanda hubiera alcanzado la Edad Media o el Renacimiento sin este peso muerto de la tradición: ocasionalmente se puede llegar a simpatizar con ese crítico literario que recientemente se preguntaba en una publicación de los jesuitas, «¿Tan único es nuestro pasado que tenemos que estar siempre embelesados mirando hacia atrás?»; pero lo cierto es que no podemos ignorarlo. Nuestra actitud debería ser más bien la del escriba de «El robo del ganado de Cooley», del siglo xii, que en una nota melancólica a su texto decía, «Pero yo, que escribí esta historia, o fábula más bien, no le doy ninguna credibilidad a esta historia o fábula, porque algunas de estas cosas son hazañas de demonios, otras son el fruto poético de la imaginación, algunas verdad, otras mentira, y las demás para el deleite de los necios».

En los capítulos iniciales he intentado describir algunos especímenes característicos de la literatura irlandesa de los primeros tiempos, pero debo insistir en lo escasos que son en comparación con los que quedan, al igual que son muy pocos lo que quedan teniendo en cuenta la enorme cantidad que había en su día. Para un pueblo cuyas tradiciones se transmitían casi en su totalidad de forma oral, los primeros irlandeses escribían sin cesar, aparentemente, pero el número total de manuscritos autóctonos en irlandés desde el año 600 hasta el 1100 se ha borrado sin dejar rastro, y lo que sobrevive de esa época en manuscritos posteriores ha sido tan maltratado por copistas ignorantes que, con frecuencia, es difícil siquiera imaginar cómo sería el texto original.

Eso siempre que pueda hablarse de un texto original, claro. Una de las principales fuentes de confusión —antes de que los ineptos compiladores del periodo posterior a los vikingos se pusieran manos a la obra, me imagino— es que las sagas se consideraban historia y aunque esta actitud se debilitó por las vidas de santos, que trataban la historia como si fuera un romance histórico, aun así continuó a lo largo del tiempo; las sagas no se consideraban obras de literatura escritas por individuos de genio sublime en determinados monasterios, sino fragmentos de historia, y así evolucionaron hacia una serie de introducciones y secuelas; el principio de un cuento se ligaba al final de otro, cuyo final se unía al principio de un tercero.

Algo así le ocurrió sin duda a la historia de la muerte de Conchobar. El cuento que hace las veces de introducción, «El asedio de Howth», empieza con un poco de folclore deslavazado sobre Athirne el Tacaño, un avaricioso poeta del Úlster que exigía un ojo del cráneo de un hombre, la mujer de la cama de otro, etc. Cansados ya de él en Leinster, se dirige a la frontera en Dublín, donde una escolta del Úlster le espera. Los hombres del Úlster y los de Leinster luchan entre sí y los de Leinster son derrotados. Aquí se corta la línea narrativa porque los del Úlster no pueden seguirlos a causa de un tabú, aunque Conall Cernach («Cernunnos») sigue por su cuenta a Mess Gegra, el rey de Leinster, para vengar a sus

dos hermanos, de uno de los cuales no habíamos tenido noticia hasta ahora. En este punto el ciclo entero deviene en una magnífica prosa narrativa, que tanto en estilo como en tratamiento recuerda un pasaje similar de «La muerte de Cú Chulainn» (no nos convence la afirmación de Thurneysen² de que sea una imitación). Mess Gegra recoge una enorme nuez de las aguas del río mientras duerme su auriga, a quien le guarda la mitad. Cuando el auriga le pregunta, responde en broma que «la ha reducido él primero». El auriga entonces le rebana a Mess Gegra la mano que sostiene la nuez, aunque se suicida, cayendo sobre su espada, al darse cuenta de su error. Como digo en el capítulo cuarto, el tema de la mano cortada, así como el suicidio clásico (este último totalmente desconocido en la literatura irlandesa, excepto en otra saga que, sospecho, tiene orígenes en Leinster) sugiere una tradición latina, como la de Kildare.

La historia se va apagando en el último párrafo, cuando Conall da órdenes a su auriga para que extraiga el cerebro de Mess Gegra y lo mezcle con cal, pero al inicio de «La muerte de Conchobar» Cent mac Mágach de Connacht le roba el proyectil hecho con el cerebro y más tarde lo usa como piedra para su honda y así matar a Conchobar. Aunque Conchobar se recupera, tiene aún el proyectil metido en la cabeza, y cuando al siguiente Viernes Santo un druida le habla de la crucifixión, muere al estallarle el proyectil en la cabeza.

No me cabe duda de que la segunda mitad de «El asedio de Howth» y la primera parte de «La muerte de Conchobar» eran originalmente un solo relato, puesto que el autor de ese clímax cristiano tan piadoso no tuvo suficiente cuidado en cubrir su rastro, y el lenguaje indica que, en una de las versiones, Conchobar *no* se recuperó, sino que lo enterraron allí mismo donde había caído. Desafortunadamente, esto en verdad no explica gran cosa, porque el episodio cristiano tiene un estilo más antiguo que el de corte hu-

2 Rudolf Thurneysen (1857-1940) fue un lingüista suizo especialista en lenguas celtas. Su *Manual del irlandés antiguo* (1909) lo consagró como uno de los más grandes expertos en los orígenes del gaélico. [N. del T.]

manista, y si hay que definir al autor de esa escena tan espléndida, se trataba más bien de alguien que añadía cosas y no del autor de la historia original.

La verdad es que los estudiosos —y así vamos los demás, a ciegas detrás de ellos— no pueden quitarse de la cabeza la idea de que alguna vez, en algún sitio, hubo un texto original y que ojalá pudieran descubrirlo. Todos nuestros grandes expertos han sido buenos classicistas, y siempre que en una historia había repeticiones y contradicciones evidentes, acudían al concepto del texto A y el texto B, seguido de un árbol genealógico, al estilo de lo que hace Thurneysen con el texto de «El robo del ganado de Cooley», que procuro analizar en el capítulo tercero. Dudo mucho que alguna vez hubiera un original en el sentido que le damos actualmente, porque aparte de los textos legales y de un puñado de poemas religiosos, a los cuales se les atribuía un significado mágico y se les glosaba en lugar de copiarlos de nuevo, los hombres de letras irlandeses en la Alta Edad Media no concebían la autoría de un texto como algo en sí mismo, y por tanto no dudaban en añadir, sustraer y reescribir, como hicieron más tarde cuando tradujeron del latín. Los escribas que eran más escrupulosos hacían notar simplemente que «en otros libros se dice de forma distinta», y como añade esperanzado el escriba de «La destrucción de la posada de Dá Derga», «seguramente son más fiables». Como les pasa a los estudiosos de hoy en día, nunca perdieron la esperanza de ver «un amanecer verdadero al comienzo de cada mañana».

No tengo nada, como es natural, en contra de la crítica textual, simplemente sugiero que sería más provechoso tener en cuenta la mentalidad de los hombres que escribieron estas formidables historias, así como las circunstancias en las que las escribieron. Parte de su misterio radica en que nunca se moldearon a la fuerza por una inteligencia literaria dominante que impusiera sus versiones, junto con su nombre en la portada, a sus sucesores. Aunque se trata de literatura, y se compuso por hombres que rara vez estaban sin una pluma en las manos, mantienen la naturaleza vacilante e incierta del folclore, con sus innumerables autores olvidados.

II

El secreto de lo que he denominado «la mirada al pasado» probablemente radica en la existencia, en el mismo origen de la literatura irlandesa, de un inmenso caudal de tradición cuyo puro misterio era más de lo que la sencilla imaginación de los instruidos, en aquellos primeros tiempos de la cristiandad, podía asimilar. En los grandes códices monásticos aparecía junto al nuevo saber, y aunque recibió la influencia de este, fue mucho más lo que la tradición influyó en lo nuevo. La literatura también se vio perjudicada porque, como señala Thurneysen en el pasaje que he citado como texto propio, aunque se puede tener una gran literatura vernácula, no se puede tener al mismo tiempo un Eriúgena o un Beda.³ Los irlandeses tenían que elegir entre la imaginación y el intelecto, y escogieron la imaginación.

Cuando pasó lo peor de las invasiones vikingas, la tradición experimentó un renacer, pero la construcción de grandes monasterios románicos, junto con la invasión normanda, acabó por liquidar su época dorada; para el año 1200 ya no se escribía poesía lírica a la antigua usanza ni prosa de calidad. Sin embargo, aunque ya no constituía una fuerza creativa, aunque las escuelas de medicina, calladamente, habían dejado atrás la vieja medicina, aunque las escuelas de derecho (que habían preservado los viejos libros de leyes) ya se atenían a leyes muy distintas, la tradición continuó en una especie de hosca suspensión. Las viejas historias se reescribieron en una prosa sin gracia, siguiendo una técnica narrativa con menos gracia aún, pero que deleitaron tanto a normandos como a los habitantes locales. Cuando un contemporáneo de Chaucer, Desmond, fue encerrado en Kincora, la fortaleza de O'Brien, con una vieja por carcelera, compuso allí un divertido poema en el

3 Juan Escoto Eriúgena (810-877), fue un filósofo y traductor originario de Irlanda. Beda el Venerable (672-735), monje benedictino de Inglaterra, fue uno de los hombres más sabios de la Alta Edad Media, autor, entre otras obras, de *Historia eclesiástica del pueblo de los anglos* (731). Fue proclamado Doctor de la Iglesia en 1899. [N. del T.]

que la comparaba con la criada de Conchobar, Leborcham, y hasta en el siglo XVII, cuando un poeta aristócrata escribió unos versos encantadores sobre la historia del amor, hizo pasar vergüenza al traductor actual al referirse a sagas y a versiones de sagas que han desaparecido ya para siempre.

*Macaomh eile tug annsacht
Do mhnaoi do bhantracht na Gréige,
Cú Chulainn na gcleas n-iongnadh,
Is leis do rinneadh an sméideadh.*

*Lá dá raibh i ndiaidh seilge
Go bhfuair Deirdre ag dul 'na brógaibh,
Naoise, an fear fial fosaidh,
Isé do thosaigh na póga...⁴*

Al igual que el sabueso del Úlster,
Cuando una joven griega pasó,
Cayendo bajo su hechizo fue él,
El primero en mirarla con amor.

Naisi, de la caza vuelto al hogar,
Cansado, ebrio de dicha y luz,
Al ver a Deirdre sus prendas llevar,
El primer beso nos quiso regalar...

Por esta época, Geoffery Keating coleccionaba todas las viejas leyendas que podía encontrar y las estructuraba en lo que, para él, era un marco de historia verdadera. En el siglo siguiente al propio Keating se le tradujo en el idioma de los conquistadores, al tiempo que Charlotte Brooke intentaba reproducir poesía irlandesa en versos en inglés. De hecho, no hay prácticamente ningún periodo de nuestra historia en la que el equivalente al crítico de la revista de jesuitas no se haga la misma y triste pregunta: «¿Tan único es nuestro pasado que tenemos que estar siempre embelesados mirando hacia atrás?»

4 T. F. O'Rahilly, *Dánta Grádha* (Cork, 1926), 8.

Esta perseverancia se hizo más evidente en el siglo XIX, cuando el idioma casi había desaparecido y la población se había dispersado notablemente, porque la tradición estaba, literalmente, luchando por sobrevivir y solo un puñado de individuos, como Petrie y Ferguson,⁵ eran apenas conscientes de su existencia. A veces uno tiene la impresión de que todos los asuntos vitales de la época carecían de importancia en comparación con la tarea de traer de vuelta el nombre de *Cú Chulainn* a la literatura inglesa. Esto acabó consiguiéndose, finalmente, gracias a una combinación de grandes eruditos del periodo celta, así como del genio literario de Yeats y de su círculo, de forma que se podría decir que alrededor de 1910 la literatura irlandesa volvía a existir, en cierto modo, de manera parecida a como había existido alrededor del año 800.

Esto es sin duda algo excepcional en la historia de la literatura y si seguimos la literatura irlandesa, como es mi caso, de época en época, yo mismo, a menudo confundido por mis caprichos y por mi propia falta de erudición académica, no tengo más remedio que concluir que si no es una materia real, entonces todas las materias objeto de nuestra crítica son igualmente producto de la ensoñación.

III

El porqué de este estado de cosas es harina de otro costal y además es algo que encuentro casi imposible de explicar. La supervivencia de tradiciones antiguas en lugares geográficamente remotos es un fenómeno bastante familiar, y los cuentos populares, las canciones y las supersticiones de las comarcas del oeste de Irlanda, muy parecidas a las de las islas de Escocia, proporcionarían a Yeats una segunda y valiosa pata para apoyar su banco. Puede aducirse también el hecho de que entre los irlandeses, como ocurre con otros pueblos sometidos, el poder foráneo ha dado como resultado una cierta tozudez en lo referente al pasado. Pero ninguna de estas

5 George Petrie (1790-1866), anticuario y arqueólogo irlandés. Samuel Ferguson (1810-1886), poeta y erudito, experto en mitos y en historia de la antigua Irlanda. [*N. del T.*]

razones proporciona algo parecido a una explicación completa o convincente. Nada de lo que ha ocurrido en Irlanda se parece remotamente a lo que ha sucedido en Escocia o en Gales o en Bretaña. Al final de sus días para Yeats era molesto reconocer que había algo extraordinario en todo este tema, como cuando escribió:

Cuando Pearse⁶ invocó a Cú Chulainn a su lado,
¿Qué les acechaba en la Central de Correos?
¿Qué intelecto, cálculo, número o medida les contestó?⁷

El hecho de que el fundador de una nueva literatura y que el fundador de un nuevo estado estuvieran saturados de leyendas sobre Cú Chulainn era lo suficientemente indicativo de que a ambos les gobernaban fuerzas que estaban muy por encima de ellos. Ciertamente, los dos tuvieron suerte con el momento en el que les tocó vivir: Yeats porque su época coincidió con una desilusión generalizada con respecto a los valores de la vida y la literatura victorianas; Pearse porque había llegado el momento oportuno para toda una serie de movimientos de independencia nacional. En tiempos de Samuel Ferguson sería difícil imaginar a alguien que hiciera más de lo que él hizo, al igual que Thomas Davis no hubiera podido conseguir lo logrado por Pearse.

Y sin embargo hay una conexión directa entre ese movimiento literario y el Alzamiento de 1916, y entre ambos hechos y la tradición de las sagas. Casi podría parecer una cuestión de hasta qué punto Irlanda ha heredado los restos de la civilización indoeuropea –algo que lo impregna todo de misterio y que hace que seamos, la mayoría sin desearlo, un Pueblo del Libro. Es como si, al igual que les pasa a los judíos, que no han podido escapar del Pentateuco, no pudiéramos escapar del peso de la tradición. Quizá solo podamos conseguirlo si hacemos lo que ellos están intentando hacer ahora: confrontarlo y privarlo de su misterio.

6 Patrick Pearse (1879-1916), maestro, poeta y activista político, fue uno de los líderes del Alzamiento de Pascua de 1916. [N. del T.]

7 Fragmento del poema «Las Estatuas» (1939), de W. B. Yeats. [N. del T.]

Quiero expresar mi gratitud con el profesor Greene y con el profesor Edwards por haber hecho posible este libro. Estoy especialmente en deuda con el profesor Greene y el profesor Binchy,⁸ cuya paciencia con mis disquisiciones literarias sobre un tema que consideran una extensión de sí mismos ha dotado a los primeros capítulos de la impresión de coherencia que estos puedan tener. La mayoría de los textos de poesía antigua irlandesa están sacados de *A Golden Treasury of Irish Poetry*, un volumen que yo mismo edité junto con el profesor Greene. Allí donde se proporcionan referencias a pie de página de fuentes alternativas, se trata de otros textos de fácil acceso.

En nuestras discusiones sobre estos poemas con el profesor Greene, ya no recuerdo qué ideas fueron las que yo aporté y cuáles eran suyas. Las que estén equivocadas son, sin ninguna duda, de mi propia cosecha.

Dublín, 1965

8 D. A. Binchy (1899-1989), profesor de estudios celtas en el Instituto de Estudios Avanzados de Dublín. [N. del T.]